



LA CAMPAÑA NACIONAL CONTRA EL FILIBUSTERISMO*

I. El Despojo de los Patriotas y el Fracaso del Presidente Mora

El 8 de noviembre de 1855 fue fusilado el general Ponciano Corral, quien había sucedido a don Fruto Chamorro como comandante en jefe de las fuerzas militares del partido legitimista o conservador, y después de este acontecimiento los demás caudillos de dicho partido se dispersaron. Nicaragua quedó sometida a William Walker, el aventurero extranjero traído por el partido liberal, también llamado democrático.

La guerra civil que asolaba Nicaragua desde 1854 había agotado los recursos del rico y privilegiado sueldo del país, y hasta los legitimistas se hubieran resignado a la dominación de William Walker, si él hubiera garantizado la vida y la propiedad. Pero se dedicó a sembrar el terror, provocando la emigración a los países vecinos, que, precisamente gracias a las denuncias de los emigrados, conocieron las primeras advertencias acerca del peligro que corría América Central y los pedidos de auxilio para destruir al filibusterismo en su origen.

La guerra civil produjo entre legitimistas y democráticos un rencor mucho más grande que el existente entre cualquiera de estos partidos y los extranjeros. Walker sacaba algunas ventajas de esta situación y en realidad pudo haber sacado más, pero no tuvo genio para hacerlo. Sin embargo, Walker era dueño de Nicaragua, pues el gobierno de don Patricio Rivas era un simulacro. (1) Sorprendía que en dicho gobierno tantos hombres notables entregaran la República a la turba de foragidos que capitaneaba Walker. También sorprendía que la cabeza del clero, en la persona del vicario general del obispado, felicitara al jefe de los piratas y además hiciera efectivo su apoyo entregando alhajas de la Iglesia.

Walker pensaba apoyar su gobierno en la inmigración, y pretendía promoverla en gran escala, excitando la codicia mediante el ofrecimiento de tierras en abundancia. Para ello se basaba en los decretos de colonización y de confiscación, publicados el 23 de noviembre de 1855. El decreto de confiscación obligaba a los propietarios ausentes a regresar en un plazo que iba de quince días a un mes, o de lo contrario, a pagar una

multa que, según el caso, podría ser desde 50 pesos hasta 10,000. En caso de que los propietarios no regresasen y no pagasen, los bienes debían subastarse. Queda claro que los propietarios no se presentaban a ocupar su casa o su hacienda, pues estaban dispuestos a perder cuanto tenían a cambio de salvar la vida. La traición de unos y el terror de otros favorecía al filibusterismo.

Pero en medio del estupor y la abyección general, un pequeño poblado de indios hizo frente. Los indios matagalpinos, normalmente inclinados contra los liberales, aborrecían por igual virtud a los filibusteros, con lo cual rechazaron al prefecto enviado por el gobierno de Rivas. Una compañía de rifleros fue enviada a sofocar la rebelión, pero antes logró apaciguarlos un cura conocido de ellos. Sin embargo, aquellos pobladores quedaron resueltos a hostilizar cuando les fuese posible.

En los países vecinos, la causa de Nicaragua no marchaba del todo bien. Algunos legitimistas notables, entre ellos don José María Estrada quién había sucedido a Fruto Chamorro como presidente de Nicaragua, y el general don Tomás Martínez, llegaron a Honduras confiando en las promesas del general Santos Guardiola. Aunque hondureño, el general Guardiola había encabezado las fuerzas legitimistas en los combates de El Sauce y de la Virgen, que resultaron favorables a los liberales. (2)

Después de aquellas derrotas, que fueron causa del desastre para los legitimistas, Guardiola regresó a Honduras, pero antes prometió volver con refuerzos. No obstante, una revuelta que derrocó al entonces presidente hondureño, el general Trinidad Cabañas, dio ocasión para que el 17 de febrero de 1856 Santos Guardiola llegara a la presidencia de Honduras, y a continuación olvidase sus compromisos de palabra con los legitimistas. El nuevo presidente hondureño se comportaba con los emigrados nicaragüenses

como un desconocido.

Guardiola temblaba ante las armas de Walker, al extremo de prohibir que en Honduras se hablara en contra de los yanquis. Además, se opuso a que otros hondureños dispuestos a reclutar hombres para combatir a los filibusteros lo hiciesen. Las preocupaciones del gobierno hondureño giraban principalmente alrededor del suntuoso recibimiento que Walker brindó al recién derrocado presidente Cabañas. Guardiola mandó con toda prisa a Nicaragua una comisión de amistad que, incluso sin llegar a Granada, hizo saber que el gobierno de Honduras no se mezclaría en los asuntos internos de los nicaragüenses. Así se borraron las esperanzas de un pronto auxilio hondureño.



José María Estrada

Desde su llegada a Tegucigalpa, don José María Estrada empuñó su pluma para dar a conocer el peligro que amenazaba a Centroamérica. En este país publicó la protesta que hizo al ratificar el convenio firmado entre el general Ponciano Corral y Walker, con la cual fundamentaba su condición de presidente de Nicaragua. (3) También

publicó el opúsculo *Walker en Nicaragua* que aún sin ser la obra que se esperaba de su talento, despertó la atención de los gobiernos centroamericanos hasta entonces indiferentes.

En El Salvador, la causa nacional tenía peor aspecto, pues el gobierno del país había respondido favorablemente al despacho que anunció la instalación de Patricio Rivas como presidente provisional. Además, se publicaba un período liberal que defendía el nuevo orden de cosas en Nicaragua.

El gobierno de Guatemala guardaba una reserva profunda que parecía resuelto a la neutralidad. Solamente en Costa Rica, sin duda bajo la influencia del deseo y la intención de conservar el departamento de Guanacaste, se denunciaban por la prensa los abusos de los filibusteros. La pequeña República ardía en fuego patriótico.

John Hill Wheeler, representante del gobierno de Estados Unidos en Nicaragua y gran simpatizante de Walker, reconoció al gobierno de Rivas. Sin embargo, el gobierno de Estados Unidos en Washington se negó a reconocer al representante enviado por el gobierno de Rivas (un sujeto de pésima reputación apellidado French) y cuando los representantes de los gobiernos centroamericanos protestaron por el reconocimiento al gobierno de Rivas, el general Franklin Pierce, presidente de Estados Unidos, publicó una proclama condenando las expediciones filibusteras a Nicaragua. La proclama no impidió que continuaran organizándose dichas expediciones, pero al menos levantó el espíritu de los pueblos centroamericanos.

Mientras tanto, poco después de la visita del derrocado presidente de Honduras, general Trinidad Cabañas, a Granada, sobrevino una crisis ministerial cuando los principales jefes democráticos abandonaron el gabinete. Al menos en el caso de Máximo Jerez, ministro de Relaciones Exteriores, la renuncia tenía por motivo el he-

cho de que el gobierno de Rivas, controlado por Walker, no apoyara al general Cabañas en sus proyectos de recuperar la presidencia de Honduras. Lleno de despecho, Cabañas se fue a El Salvador y advirtió el peligro que corría la independencia de Centroamérica con la presencia de los filibusteros.

En aquellas circunstancias, Walker quiso atraer al partido legitimista ofreciendo a uno de sus notables el cargo de prefecto en Granada, pero la protesta fue rechazada por orientación del único club de legitimistas que por entonces se reunía. Por el contrario, el club buscó la oportunidad de promover una alianza entre nicaragüenses para combatir al enemigo de la nacionalidad. Sin embargo, la ruptura de Walker con los democráticos aún no estaba consumada y pronto se entendieron nuevamente. El caudillo filibustero comprendió que aún necesitaba de los democráticos, y ellos sacaron la ventaja de trasladar el gobierno a León. Algunos días antes de que el traslado se realizara, Walker obtuvo del presidente Rivas una nueva concesión para la Ruta del Tránsito, a favor de sus adeptos. (4) Esto hizo enfurecer a los miembros de la antigua compañía, incluyendo al comodoro Vanderbilt Bilt, poderoso millonario de los Estados Unidos. Los nicaragüenses leales a la patria se alegraron por este nuevo golpe de Walker que traía como consecuencia, más aliados interesados en expulsarlo.

La renovación de la alianza con el partido democrático o liberal fortalecía a los filibusteros frente a la tormenta que los acechaba desde Costa Rica. La presencia hostil de legitimistas emigrados en la frontera con dicho país dio motivo a Walker para enviar una comisión que debía pedir explicaciones al gobierno costarricense, aunque su finalidad era, en realidad, reconocer el terreno para próximas operaciones. El presidente de Costa Rica, don Juan Rafael Mora, se negó a recibir la comisión y la obligó a retirarse inmediatamente. Pocos días después, el congreso costarricense facultó al presidente

Mora para que, solo o en alianza con los demás gobiernos de Centroamérica, librara a Nicaragua de los extranjeros que la oprimían.

Mora depositó el poder en el vice presidente y se dedicó a organizar un ejército de tres mil soldados, y al mismo tiempo envió una fuerza expedicionaria de cien hombres, con la misión de tomar posiciones sobre el Río San Juan y cortar las comunicaciones de los filibusteros con el exterior.

Al enterarse de los acontecimientos de Costa Rica, Walker hizo que el gobierno de Rivas depositara en él, como general en jefe que era, poderes suficientes para hacer la guerra según estimase conveniente. Con esto pretendía darle al poder dictatorial que ya ejercía el colorido de la legalidad. Además lanzó una proclama en la que amenazaba con la guerra *“a los gobiernos serviles”* de América Central, sin detenerse a señalar o distinguir cuáles eran de tal condición. Esta imprudencia prácticamente obligaba a todos los gobiernos vecinos a librar la contienda a que se mostraron tan remisos, y por eso, fue muy celebrada por los legitimistas.

Mientras Walker amenazaba a las repúblicas vecinas, el presidente Rivas clamaba ante las mismas por paz y fraternidad. Algunos creían que al estar en León, lejos del poder de Walker, el Presidente expresaba sus verdaderos sentimientos. Otros pensaban que Rivas quería adormecer a los gobiernos de Guatemala y El Salvador, mientras se resolvía la contienda con los costarricenses.

A mediados de marzo de 1856, Walker lanzó doscientos cuarenta hombres a invadir el departamento costarricense de Guanacaste. La fuerza iba al mando del mismo oficial que encabezó la fracasada comisión que debía pedir explicaciones. Pronto llegó y se instaló en la hacienda Santa Rosa, situada a una jornada de la ciudad de Liberia. El 21 de marzo, la vanguardia del ejér-

cito costarricense sorprendió a los invasores, y tras un breve combate los puso en fuga. Entre los vencedores se contaron cuatro oficiales y quince soldados muertos, en tanto que los vencidos dejaron más de veinte. Y con seguridad, algunos filibusteros más perecieron en los montes, pues huían heridos. Mora había declarado la guerra a muerte a los filibusteros y en consecuencia, veinte prisioneros capturados fueron juzgados por un consejo de guerra y pasados por las armas, con excepción de un joven que probó ser corresponsal de un periódico de Nueva Orleans.

A raíz de este revés, Walker decidió acuartelarse en la ciudad de Rivas, aunque poco después recibió un correo del gobierno de Rivas que se refería a una movilización de Guatemala, Honduras y El Salvador en contra de Nicaragua. Estas noticias decidieron a Walker para trasladarse al departamento Occidental. Sin embargo, apenas había llegado a Granada cuando supo que un gran número de costarricenses habían ocupado la plaza de Rivas. El avance de las fuerzas del presidente Mora no encontró resistencia pues el oficial granadino a cargo de la defensa se pasó al lado de Costa Rica.

Walker organizó seiscientos hombres y marchó contra los nuevos ocupantes de Rivas, logrando una sorpresa tan completa que tomaron fácilmente gran parte de los edificios de la plaza. Los generales costarricenses estaban encerrados en una casa y desde ahí dictaban sus órdenes, que por lo mismo, no podían ser acertadas. Mora se vio en una situación tan apurada que debió pedir refuerzos al destacamento que había dejado en San Juan del Sur. Sin embargo, aunque el primer impulso de los soldados filibusteros fue terrible, hacia la tarde ya no intentaban avanzar más, y al entrar la noche se les ordenó la retirada. Ambos bandos tuvieron bastantes bajas, pero sufrió más el ejército de Mora que no tuvo menos de trescientos heridos y más de ciento cincuenta muertos. En las filas filibusteras se calcu-

laron sesenta muertos y setenta heridos. Los costarricenses acabaron a bayonetazos con los heridos que Walker dejó en un templo y fusilaron diecisiete prisioneros.

El presidente Mora cometió el error de permanecer en Rivas, en medio de los cadáveres insepultos. El cólera, probablemente como resultado de la putrefacción, no tardó en presentarse y comenzar a diezmar las tropas. A esta calamidad vinieron a sumarse algunas noticias sobre intentos de golpe de estado en San José. Mora debió regresar inmediatamente a Costa Rica, dejando su atribulado ejército bajo el mando de su cuñado, el general José María Cañas, con órdenes de emprender el retorno.

La guerra a muerte iniciada en Santa Rosa, además de ser contraria a las leyes de la guerra resultó ser una pésima política para establecer campaña. El general Cañas se vio en la necesidad de dejar en Rivas muchos heridos y enfermos, recomendados mediante una carta a la humanidad de Walker.

La expedición costarricense que marchó sobre el Río San Juan tampoco tuvo éxito. El 10 de abril, un día antes del ataque de Walker a la plaza de Rivas, la fuerza expedicionaria se topó con una compañía de filibusteros y, después de resultar algunos muertos y heridos por ambas partes, el jefe costarricense cayó gravemente herido, lo que desmoralizó a su tropa que emprendió la huida.

Por otra parte, algunos intentos de los legitimistas por presentar resistencia al gobierno del presidente Rivas, controlado por los filibusteros, también habían resultado con desenlaces desfavorables.

Muchos de los propietarios legitimistas que huían del terror implantado en Granada buscaban refugio en el distrito de Chontales y en el departamento de Matagalpa. En el primero de

estos lugares, un grupo de oficiales legitimistas, animados por la victoria de los costarricenses en la hacienda Santa Rosa, asaltaron el cuartel de Acoyapa. El ataque se realizó el 12 de abril por la noche, pero los asaltantes encontraron poca resistencia ya que el comandante de aquel cuartel, aunque natural de León y democrático, se decidió por la causa nacional, disponiendo de los veinticinco combatientes del cuartel. La noticia de esta victoria se propagó rápidamente por los demás pueblos de la región, y abundaron los pronunciamientos contra el gobierno de Rivas—Walker. Sin embargo, existía mucho más entusiasmo que armas, y al llegar dos compañías de filibusteros, los legitimistas se vieron precisados a abandonar Chontales en medio del terror.

En Matagalpa, pueblo de indios rebeldes al gobierno de Rivas, uno de los más connotados oficiales legitimistas, el general Fernando Chamorro, logró levantar una fuerza de cuatrocientos hombres, aunque la mayoría armados de flechas y tan sólo una cuarta parte con fusiles. La noche del 26 de abril atacó Somoto, pero con pésimos resultados, pues aunque la guarnición atacada sólo contaba con treinta hombres (bajo el mando del general José María Valle, conocido por *Chelón*), la superioridad numérica de las fuerzas de Chamorro se redujo drásticamente al sonar los primeros tiros y retirarse la tropa flechera.

Con estos fracasos y con la retirada de las fuerzas del presidente Mora, los nicaragüenses que anhelaban la salvación de la patria sufrieron un gran golpe y cayeron en profundo desconsuelo.

II. Desde la Movilización de los Ejércitos de Guatemala y El Salvador hasta la Retirada e Incendio de Granada por los Filibusteros

Cuando el presidente legitimista en el exilio, don José María Estrada, llegó a la conclusión de que el gobierno hondureño no tenía voluntad para

apoyar la causa de Nicaragua, decidió enviar emisarios a Guatemala y El Salvador con la misión de obtener el auxilio de aquellas naciones.

El emisario legitimista para Guatemala llegó a su destino durante los primeros días de abril de 1856, y encontró al pueblo y al gobierno de aquel país con los ánimos a favor de la guerra contra los filibusteros. El triunfo de Santa Rosa y sobre todo, la proclama de Walker declarando la guerra "*a los gobiernos serviles*", habían motivado aquel entusiasmo. El día 4 de abril, el Consejo de Estado de Guatemala resolvió hacer la guerra y, por su parte, el Presidente envió trecientos fusiles y otros pertrechos al general Tomás Martínez, destacado oficial legitimista que proyectaba ingresar a Nicaragua desde la frontera hondureña.

El mando de la división vanguardia guatemalteca fue entregado al general Mariano Paredes, hombre de confianza del Presidente. Paredes descendía de las primitivas razas del país y por su capacidad natural y juicio en los negocios públicos, era una esperanza de triunfo para los centroamericanos. La división vanguardia debía pasar por el territorio salvadoreño donde se le unirían fuerzas de este pequeño país, cuyo gobierno, por idénticas razones que las de Guatemala, decidió levantar un ejército y lanzarlo contra los filibusteros. Las fuerzas expedicionarias salvadoreñas recibieron como jefe al general Ramón Belloso, quien provenía de una familia de oscuro origen. El color de su piel y su pelo evidenciaban que, en parte, descendía de la raza africana. Aunque poco instruido, no carecía de talento militar.

Mientras tanto, el presidente Rivas también había enviado emisarios a los países vecinos, dándoles instrucciones para concertar arreglos incluso en contra de Walker si fuese necesario. Tal predisposición del presidente Rivas no era desconocida para Walker, pues ya había interceptado cartas confidenciales enviadas por Rivas al presidente Mora en las que buscaba arreglar

la paz por su cuenta y a espaldas de Walker.

Precisamente a raíz de haber interceptado estas cartas, y toda vez que Mora ya había regresado con la derrota a costas hacia Costa Rica, Walker estimó conveniente trasladarse a León para hacer que el gobierno de Rivas convocara a elecciones, y mediante ellas, ocupar él mismo la presidencia.

Walker era capaz de tener grandes miras e ideales elevados, y tenía el valor y la abnegación más que suficientes para ejecutarlas, pero no tenía genio ni tinto para realizar su pensamiento. Ilustrado y buen escritor, habría podido destacarse en la diversidad de carreras que forman el gran teatro del mundo; mas era incorforme con las medianías y se agitaba por la grandeza, por la que estaba dispuesto a sacrificarse. En su tiempo, la conquista de América Latina por el norte anglosajón se consideraba un **destino manifiesto**, es decir, inevitable. En tal destino vio el campo abierto a su ambición y se lanzó a él. La guerra civil en Nicaragua lo situó en la mejor posición deseable para emprender la **americanización** de esta República y de todas las demás de Centro América, no sólo para ensanchar la influencia y el poder de Estados Unidos, sino también para hacer verdaderamente felices a dichas repúblicas. Pero apenas llegó al poder, fusiló a unos y estrechó a otros, desafió a los gobiernos vecinos y, por último, arrojó de sí a sus amigos los democráticos, obligándolos a formar en las filas contrarias.

Los principales caudillos democráticos sabían que para Walker no había razón ni ley y, cuando midieron sus intenciones, convinieron en deshacerse de él matándolo. Para tener oportunidad de hacerlo lo invitaron a un conferencia, sin embargo, sea porque algunos jefes democráticos vacilaron en el momento decisivo o porque Walker no asistió al evento, lo cierto es que el plan convenido no pasó de proyecto.

A pesar de los democráticos y precisamente

mediante ellos, Walker consiguió que el 10 de junio se decretara la convocatoria a elecciones. Al día siguiente salió de regreso a Granada, dejando en León una guarnición de trescientos hombres al mando del coronel Bruno Van Natzmer.

El coronel Natzmer reemplazó con miembros de su tropa a los soldados nicaragüenses que custodiaban en las torres de la catedral. Conocido este movimiento por el general Máximo Jerez, que entonces tenía a su cargo el Ministerio de Guerra, dispuso dar órdenes contra tal proceder, pero como éstas no fueron obedecidas, todo el gabinete se alarmó. Poco después se conoció que los filibusteros se preparaban para capturar al presidente y a sus ministros, por lo que todos ellos abandonaron precipitadamente los edificios del gobierno. Inicialmente buscaron refugio en las afueras de la ciudad, pero después resolvieron huir a Chinandega, mientras algunos de sus partidarios provocaban alborotos en los barrios.

Al enterarse de estos sucesos, Walker ordenó al coronel Natzmer que desocupara la plaza de León y se reuniera con él para marchar hasta Granada, aunque dejó fuertes guarniciones en Managua y Masaya.

Al llegar a Granada, Walker proclamó la constitución de un nuevo gobierno, nombrando al Licenciado Fermín Ferrer, hombre de su confianza por la incondicionalidad con que se le había entregado, como nuevo presidente de la república y con la finalidad exclusiva de que convocara a elecciones. Por supuesto, en aquellas condiciones los resultados electorales no podían dejar de favorecer a Walker, el principal candidato. Se dice que Ferrer le atribuyó 15,835 votos provenientes de todas las ciudades, villas y pueblos de Nicaragua, aunque el sufragio sólo se realizó en aquellos con fuerzas filibusteras, que lejos de ser todos, eran más bien unos pocos pueblos. Con todo, Walker tomó posesión de



Ciudad de Granada, Nicaragua.
Foto: archivo

la presidencia de Nicaragua el 12 de julio de 1856. Una de sus primeras obras civilizadoras fue restablecer la aborrecida esclavitud.

Cuando don José María Estrada, presidente legitimista en el exilio, supo de la movilización de los ejércitos de Guatemala y El Salvador, se decidió a ingresar a Nicaragua acompañando al general Tomás Martínez, que ya se destacaba como el principal jefe militar legitimista.

Por entonces, la situación de los democráticos y del gobierno del presidente Rivas era extremadamente crítica. Walker los desconocía y los odiaba a muerte, no sabían ni esperaban nada de los emisarios enviados a los Estados vecinos y temblaban al considerar que los legitimistas se alzaban con el apoyo de los gobiernos centroamericanos.

Colocados en aquella delicada situación, los democráticos entraron en contacto con don José María Estrada y con el general Tomás Martínez, las personas más visibles e influyentes del partido legitimista o conservador. Sin embargo, los democráticos se mantenían a la espera de obte-

ner resultados con sus gestiones diplomáticas y en sus contactos con los legitimistas no llegaban a concluir nada positivo. Mantenerse a la expectativa resultó serles de mucha utilidad, pues sus emisarios consiguieron que el gobierno de El Salvador firmara dos tratados, uno público y otro secreto, con el gobierno de Rivas, en los cuales se contemplaba la expulsión de los filibusteros.

La firma de aquellos tratados prácticamente aseguró que los gobiernos de Guatemala y Honduras, para no dividirse de El Salvador en tan críticas circunstancias, reconocieran al gobierno de Rivas y de los democráticos o liberales. En realidad, el 17 de junio, fecha en que se concluyeron los tratados, el gobierno salvadoreño no sabía ni podía saber de los sucesos de León en los días 11 y 12 de junio, sucesos que significaron la ruptura definitiva entre democráticos y filibusteros. Por lo tanto la firma de los tratados debió considerarse como un paso conveniente para el aislamiento de los filibusteros, aún a costa de un partido que había padecido y trabajado por salvar la nacionalidad.

Por supuesto que para don José María Estrada, el presidente legitimista, el proceder de los gobiernos centroamericanos conllevaba una injusticia inmensa. Estrada se dedicó a enviar largas cartas para los presidentes centroamericanos y sus ministros, esforzándolos por demostrar los males que sobrevendrían por reconocer al gobierno de Rivas, dado que éste había contraído desfavorables compromisos con el extranjero, tanto con las compañías del Tránsito, como con inmigrantes, a quienes había prometido terrenos. Por lo general, las respuestas que recibía Estrada argumentaban la necesidad de separar a los democráticos de los filibusteros, señalando que en los legitimistas, como verdaderos hijos de la patria, se tenía confianza y no era menester halagarlos. Estos argumentos no eran del todo errados puesto que entre los democráticos no faltaban caudillos como el general Valle o el gene-

ral Pineda, que eran más adictos a los extranjeros que a sus compatriotas. Después de la ruptura entre Walter y los democráticos, el general Valle instigó al pueblo de León contra el presidente Rivas y su gobierno, hasta el punto que Máximo Jerez, ministro de aquel gobierno, lo amenazó de muerte si persistía en sus conatos.

Cuando los principales legitimistas ingresaron a Nicaragua, apenas contaban con los trescientos fusiles entregados por los guatemaltecos y ni siquiera tenían los hombres suficientes para empuñarlos. El gobierno legitimista se radicó en Ocotal, un pequeño poblado próximo a la frontera, contando con una custodia de diez hombres.

Para entonces, los prohombres del partido democrático ya habían pensado en disparar aquella nube de Ocotal. Uno de sus oficiales menores recibió en privado la orden de asaltar al gobierno legítimo. El 13 de agosto de 1856, el presidente José María Estrada fue asesinado y los legitimistas quedaron momentáneamente sin jefatura hasta que don Nicasio del Castillo fue nombrado como jefe del ejecutivo.

No obstante lo conflictivo de las relaciones entre democráticos y legitimistas, los jefes de las fuerzas expedicionarias de Guatemala y El Salvador, Mariano Paredes y Ramón Belloso respectivamente, lograron concertar un arreglo entre los dos partidos. El general Tomás Martínez, principal jefe militar legitimista, fue comisionado para tratar dicho asunto y salió de Matagalpa acompañado únicamente por su guardia de honor, puesto que un contingente de cien hombres bajo el mando del coronel José Dolores Estrada (quien pronto se cubriría de gloria) había salido a recorrer las haciendas del llano hasta la Villa de Tipitapa con el propósito de entorpecerle a Walker el aprovisionamiento que en ellas encontraba.

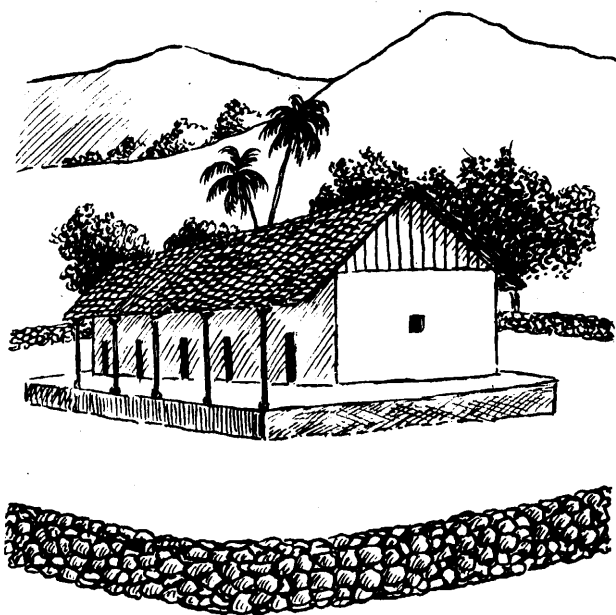
En León, la situación de los aliados era conflic-

tiva. La fiebre diezmaba a la división vanguardia guatemalteca, en tanto que los jefes debían cuidar con celo para evitar riñas entre guatemaltecos y salvadoreños e incluso entre los guatemaltecos y los leoneses.

Los jefes guatemaltecos, en especial el coronel José Víctor Zavala, segundo al mando, hacían causa común con los legitimistas en tanto que los democráticos leoneses se entendían con el general Ramón Belloso, a quien manejaban hasta el punto de hacerle creer que era el hombre llamado a mandar en Nicaragua, toda vez que la paz se alcanzara. Confiando en esta cercanía, el gobierno de Rivas nombró a Belloso general en jefe de sus fuerzas, y él cometió la imprudencia de aceptar.

Luego de que democráticos y legitimistas discutieron diversas fórmulas de arreglo, llegaron a la proposición de un solo gobierno para toda la República, presidido por don Patricio Rivas, mientras que don Nicasio del Castillo, que había sucedido al presidente Estrada en el cargo, participaría como ministro. Los departamentos de Nueva Segovia, Matagalpa y el distrito de Chontales, con predominio legitimista todos ellos, serían gobernados por legitimistas. El convenio fue aprobado y firmado por el general Tomás Martínez, y posteriormente, a pesar de alguna resistencia y de hacerlo bajo protesta, fue ratificado por los demás notables del partido legitimista. El 12 de septiembre de 1856, mediante aquel convenio, se alcanzó la unidad de los nicaragüenses en contra de los filibusteros.

Mientras tanto, el coronel José Dolores Estrada ocupó la hacienda San Jacinto, situada a una jornada de la ciudad de Granada, asiento del filibusterismo. Debido a que los habitantes de aquella comarca no simpatizaban con los yankis, Walker no pudo conocer con exactitud el tamaño de la fuerza que ocupaba San Jacinto, para lo cual, el 5 de septiembre, envió una patrulla de exploración que estimó alcanzado su objetivo



Hacienda San Jacinto

después de un breve tiroteo con las fuerzas del coronel Estrada. Aquella escaramuza anunciaba un ataque mayor, pero Estrada, incluso en contra de las instrucciones que había recibido, decidió defender la posición. Escribió a Matagalpa pidiendo refuerzos y los recibió el 13 de septiembre. Al día siguiente, ciento veinte rifleros filibusteros al mando de Byron Cole, marcharon sobre la hacienda fortificada.

El coronel Estrada había sido militar desde su juventud, pero siendo demasiado común en sus capacidades, debía sus ascensos al valor y honradez que tenía en abundancia. Bajo su mando estaban ciento sesenta hombres de tropa, originarios de Granada, Masaya y Managua, principalmente. Contaba también con buenos y experimentados oficiales. Estrada fue sorprendido, le anunciaron el enemigo cuando éste se encontraba a corta distancia, pero dio orden de dispararle a quemarropa, sin duda para economizar su escaso parque. A pesar de la serenidad que mantuvieron sus soldados, los americanos

lograron tomar por asalto una trinchera. No faltó valor para defenderla, al extremo que un sargento de Managua, Andrés Castro, se portó tan bizarro que, sin tener tiempo para cargar el arma, alzó una piedra y con ella derribó a un atacante. Tampoco faltó valor para defender las otras trincheras con mejores resultados. El combate se decidió a favor de los nicaragüenses después de que un grupo de soldados salió a flanquear a los filibusteros y los presionó desde la retaguardia. Al encontrarse entre dos fuegos, los atacantes se desbandaron, dejando ocho muertos en el lugar y cuatro más en la fuga. El coronel Byron Cole, fundador del filibusterismo y jefe de la fracasada expedición, fue apresado por unos campesinos del lugar quienes le dieron muerte al momento. Las fuerzas nicaragüenses sufrieron cincuenta y cinco bajas entre muertos y heridos.

Esta victoria, debida únicamente al valor, aunque no produjo grandes pérdidas a los usurpadores, si les acarreó fatales consecuencias, pues desmoralizó a los soldados de Walker en tanto que estimuló a los aliados centroamericanos.

El día 11 de octubre los aliados ya habían avanzado hasta Masaya y Diriomo. Al amanecer del día 12, Walker atacó con ochocientos hombres la plaza de Masaya con buenos resultados, que no llegaron a ser mejores debido a que el coronel Zavala, segundo jefe de la división guatemalteca, se lanzó contra Granada, ciudad que Walker había dejado poco defendida. Zavala tuvo que retirarse sin alcanzar a tomar Granada cuando las fuerzas filibusteras regresaron a socorrer a los asediados.

Pero la ofensiva de los aliados ya estaba en marcha y éstos realizaban diversos movimientos. El general Tomás Martínez que había logrado levantar al **ejército setentrional**, llegó hasta Masaya y después a Niquinohomo. En tanto que Máximo Jerez se trasladó hacia Rivas para proteger la entrada del general José María Cañas, quien,

al mando de una legión de costarricenses y nicaragüenses emigrados, regresaba a combatir el filibusterismo. El ingreso del general costarricense y sus tropas fue hostigado por los filibusteros, pero no llegaron a ponerle asedio en la ciudad de Rivas pues prefirieron atacar nuevamente Masaya.

El 14 de noviembre, el general Belloso, jefe de las tropas salvadoreñas y comandante en jefe por disposición del gobierno de Patricio Rivas, fue notificado respecto al inminente ataque de los filibusteros a Masaya. Las fuerzas de las que podía disponer Belloso llegaban a tres mil hombres. Walker atacó con seiscientos. Sin embargo, Belloso orientó tan mal la defensa que dio la oportunidad de ingresar a la ciudad al filibustero y combatir durante cuatro días antes de retirarse. También es cierto que las rivalidades entre los jefes aliados dificultaban la contienda.

Al regresar de Masaya, el jefe de los filibusteros convocó a sus principales subalternos resolviendo evacuar Granada e incendiarla. Dicha tarea fue encomendada al general Carlos F. Henningsen. Los aliados recibieron informes sobre lo que proyectaban y de hecho realizaban los filibusteros. Sabiendo que las fuerzas de Walker en Granada al mando de Henningsen habían disminuido, el general Paredes, de las fuerzas guatemaltecas, y el general Tomás Martínez, al mando de los legitimistas, atacaron por la tarde del 24 de noviembre. Cuando llegaron, la mayor parte de la ciudad era pasto de las llamas.

Aquel ataque contra las posiciones de Henningsen no obtuvo un resultado contundente, pero logró cortar la comunicación con el lago, de tal manera que se le impidió embarcarse y reunirse con Walker. Por todo el resto de noviembre, y aún parte de diciembre, se mantuvo a la tropa filibustera bajo constante asedio. Pero la desunión y altercados entre los jefes aliados influyó en forma decisiva y desfavorable sobre sus acciones. El general Belloso prácticamente

no colaboraba con las otras fuerzas y casi no mandaba las suyas a combatir. El general Paredes murió a causa del cólera y el mando de la división guatemalteca lo asumió el coronel Zavala.

Para entonces, los filibusteros asediados estaban diezmados por el cólera y debilitados por el hambre, pero Henningsen consiguió resistir hasta que Walker estuvo en condiciones de enviar desde el departamento Meridional (Walker ocupaba La Virgen y San Jorge) un contingente de rescate. El jefe filibustero había mantenido el propósito fijo de salvar a Henningsen y mantenía uno de los vapores del lago de los cuales se había apoderado, observando atentamente los movimientos de los aliados, mientras el otro viajaba continuamente de San Jorge al vapor de observación y viceversa. El 11 de diciembre, apoyado por el desembarco de ciento cincuenta filibusteros, Henningsen comenzó a prepararse para evacuar Granada. El día 13, los filibusteros abandonaron definitivamente la ciudad, dejándola por completo en ruinas.

El general Belloso hizo tan mal papel que se ganó el repudio de los demás jefes aliados, y aún empeoró más las cosas cuando ordenó a los generales Jerez y Cañas que desalojaran Rivas. Con aquella orden, prácticamente la entregó a William Walker.

III. La Exitosa Campaña de los Costarricenses en el Río San Juan y la Capitulación de Walker

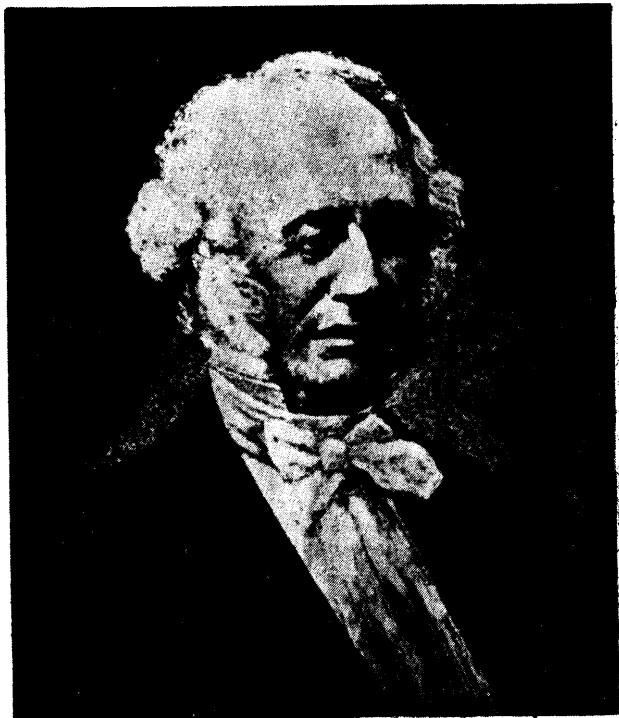
Al observar la guerra nacional desde una conveniente distancia de lugar o tiempo, no deja de parecer extraño que los aliados, con un número de hombres dos y hasta tres veces mayor que el de los filibusteros, no los hubieran aniquilado en un momento. Sin embargo, cuando el observador se entera de la anarquía y discordia que reinaba entre los centroamericanos, más bien resulta sorprendente que Walker, a pesar de tener un ejército homogéneo que giraba a su voz como un solo hombre, no haya conquistado el

triunfo en los numerosos lances oportunos que se le presentaron.

Después que los filibusteros escaparon de Granada, el general Belloso, comandante en jefe de las fuerzas salvadoreñas y de las del gobierno de Rivas, regresó a León quejándose de sus colegas, especialmente del general Martínez, jefe de las fuerzas legitimistas, y del general Zavala, que comandaba la división guatemalteca. Estos jefes también decidieron viajar a la ciudad sede del gobierno de Rivas y, a su vez, externaron sus propias quejas, de tal manera que el gabinete de Rivas estimó conveniente convocar a una conferencia para tratar aquellos asuntos. Tal conferencia fue un suceso embarazoso, pues estando todos reunidos transcurrió un largo rato antes de que alguien se atreviera a romper el silencio, y cuando esto llegó a suceder, quedó en evidencia que de por medio habían puras mezquindades. El general Belloso declaró su intención de no volver a la campaña debido a que los otros jefes lo criticaban y continuó agregando una serie de indignas nimiedades.

Por supuesto que los otros jefes negaron aquellas especies, de suerte que al finalizar las explicaciones se encontraron amigos y compañeros cordiales. Realizaron un paseo por las calles para demostrar públicamente su concordia y al día siguiente, que era 25 de diciembre, publicaron un manifiesto que expresaba la intención de concretar un plan fijo para la campaña. Pero hasta ahí llegó aquella armonía.

La situación de los aliados se complicó más cuando, por aquellos días, el ministro legitimista que participaba en el gabinete de Rivas, don Nicasio Castillo, sufrió un atentado que, según parece, estaba motivado tanto por un asunto de celos amorosos como por la discordia entre democráticos y legitimistas. En todo caso, los legitimistas que participaban en el gobierno de Rivas renunciaron a sus puestos.



Cornelius Vanderbilt

Pero la fortuna de los aliados pronto cambió de signo. Las fuerzas costarricenses repitieron su intento de capturar el Río San Juan, arteria vital para los filibusteros, y esta vez lograron coronar sus esfuerzos con el éxito. La expedición tuvo el apoyo del antiguo director de la Compañía del Tránsito, el comodoro Vanderbilt, y de un práctico estadounidense conocedor de la navegación en el San Juan. El mes de diciembre del año 1856, el Río San Juan pasó a ser controlado por el general Joaquín Mora (hermano del presidente Mora) quien por tal motivo ganó un prestigio muy grande entre los aliados. El general Mora también consiguió apoderarse de los vapores del lago con lo que la derrota de los filibusteros se tornó inminente.

Con el afán de aprovechar el entusiasmo general, los generales aliados iniciaron el avance hacia Rivas buscando imponer el asedio final a los filibusteros. Se establecieron en San Jorge, pueblo que por estar a orillas del lago facilitaba las comunicaciones, tomando en consideración que Mora controlaba los vapores y, por lo tanto, el lago.

La designación de un comandante en jefe, asunto que había resultado imposible de solucionar, fue provisionalmente resuelto nombrando al general Florencio Xatruch, comandante de las fuerzas hondureñas que se habían incorporado durante los últimos combates en Granada contra los filibusteros. No obstante, el gobierno de Rivas puso reparos al nombramiento, recelando de las afinidades entre el general Xatruch y los legitimistas. Los partidos nicaragüenses fijaban un ojo en Walker y el otro en su adversario político. Aquella sórdida división se mantuvo durante toda la guerra.

El 17 de enero arribó a las proximidades de Granada el general Joaquín Mora, jefe de las fuerzas costarricenses, pero por temor a las enfermedades que según él azotaban al país no desembarcó. Mora no tenía aspecto de militar, a pesar de que tan solo tenía unos cuarenta años. Era vanidoso y traía tal defecto multiplicado por sus triunfos, que él mismo se rebajaba de tanto alarde. Todo lo que otros habían hecho, era muy poco; cuanto faltaba por hacer, pretendía terminarlo con su presencia.

El 29 de enero Walker atacó a las fuerzas aliadas que ocupaban San Jorge, precisamente un día después de que dichas fuerzas habían llegado. Había en Rivas cerca de mil filibusteros, y en el transcurso de los días siguientes, los aliados fueron atacados por ellos en dos ocasiones más. Sin embargo, la situación de Walker comenzaba a ser apretada, agravándose cuando la desertión empezó a mermar sus fuerzas.

El 7 de febrero arribó a San Juan del Sur una fragata de guerra de los Estados Unidos, sembrando grandes inquietudes entre los aliados. Algunos veían en aquello una buena señal, y otros, como una nueva desgracia para Centro América. La incertidumbre comenzó a despejarse cuando el capitán Charles Davis, que estaba al mando de la fragata, llegó al campamento de los aliados y después de los cumplidos de ri-

gor, solicitó que se le entregara uno de los vapores del lago para reabrir el Tránsito. El general Fernando Chamorro, reconocido oficial legitimista, le respondió que se convendría sin dificultad en ello, toda vez que diese libre de filibusteros la Ruta. Davis no insistió sobre el asunto.

Dado que los intentos filibusteros por reconquistar el Río San Juan habían fracasado estrepitosamente, la última esperanza de Walker consistía en recibir refuerzos por San Juan del Sur. Precisamente por entonces comenzaron a circular rumores respecto a un numeroso auxilio que venía desde California, y a raíz de ellos, el general en jefe Xatruch dirigió a Davis un correo, fechado el 24 de febrero, en el cual le reclamaba con dignidad y energía que no permitiese el desembarco. El general Xatruch argumentaba que, si bien el gobierno de Washington podía evadir sus responsabilidades con un Estado amigo mediante el recurso de no impedir la salida de las expediciones so pretexto de que no las distinguía bajo su disfraz, no podía, sino a cuenta de revelarse plenamente cómplice, permitir el desembarco de tales expediciones bajo la vista y paciencia de sus propias fuerzas navales.

El capitán Davis respondió hasta el 3 de marzo y de manera ambigua, manifestando entre otras cosas, que su gobierno había reconocido como beligerantes a los dos partidos que en Nicaragua se hacían la guerra y que, por lo tanto, no podía establecer un bloqueo a favor de una de las partes. En esta ocasión, su falta de recursos quedó en evidencia, puesto que, ni había guerra entre partidos nicaragüenses, ni se le pedía intervenir en favor de uno de ellos. Walker siguió recibiendo algunos refuerzos en cada arribo de los vapores que tomaban carbón en San Juan del Sur.

Poco después, los gobernantes centroamericanos decidieron nombrar general en jefe a Joaquín

Mora. Las partes nicaragüenses ya habían calculado esta elección y se acomodaron a ella.

Durante los últimos días de febrero y los primeros de marzo no faltaron pequeños combates y escaramuzas que mantuvieron en jaque a los filibusteros, haciendo crecer el hambre y la desertión en sus filas. Walker continuó intentando recuperar la iniciativa, pero su situación empeoraba día a día. El 26 de marzo, el general Xatruch cerró el cerco sobre Rivas. Por otra parte, nuevas intenciones de los simpatizantes de Walker por recuperar el Río San Juan fueron derrotadas.

En aquellas circunstancias, Mora quiso concluir la campaña realizando un ataque el 11 de abril, aniversario de la batalla de Rivas con la cual se había iniciado la guerra. La vanidad de Mora lo llevó a buscar mayor lustre para sus armas, y pese a que los demás jefes aliados no favorecían el asalto, éste se realizó. Sin embargo, contrariando los resultados calculados por el inspirador de aquel ataque, las pérdidas de Walker fueron insignificantes, en tanto que las de los aliados, muy grandes. Los costarricenses tuvieron más de sesenta bajas; los guatemaltecos noventa; los legitimistas veinte y; los nicaragüenses de la división del general Máximo Jerez, el caudillo democrático, ciento cincuenta, resultando dispersa casi toda su fuerza.

El 24 de abril se presentó ante Mora, general en jefe de los aliados, un teniente de la fragata norteamericana que permanecía en San Juan del Sur, solicitando una tregua de seis horas para evacuar a los ancianos, niños y mujeres que acompañaban a los filibusteros, y en efecto, salieron todos ellos. Poco después Walker se mostró anuente a una capitulación, pero no ante los aliados sino ante el capitán del buque de los Estados Unidos. Algunos jefes aliados como Xatruch, Martínez y Chamorro no consentían en aceptar una capitulación así, anteponiendo que al menos debían exigírsele al jefe filibustero

las garantías de no volver a hostilizar ningún Estado de la alianza. Sin embargo, para entonces Mora deseaba terminar la guerra a todo trance y volver a su patria. Al parecer estaba temeroso de que el general Gerardo Barrios, recién llegado de El Salvador para unirse a las fuerzas aliadas, culminara con sus refuerzos el aniquilamiento de los filibusteros de Walker. Celoso de perder la gloria de sus triunfos, Mora permitió la capitulación en aquellas condiciones.

Walker y sus oficiales, bajo la custodia del general de la división guatemalteca, salió de Rivas para San Juan del Sur y se embarcó en la fragata de guerra de los Estados Unidos.

IV. Epílogo.

Mora

El tres de mayo de 1857 se embarcó hacia su país, llevando la ambición de extender los límites de Costa Rica hasta el lago de Nicaragua. Se las arregló para hacer llegar armas tanto a legitimistas como a democráticos. Mantenía el control de los vapores y esperaba que en Nicaragua explotara una nueva guerra civil.

Barrios y Belloso

El general Barrios y su ejército de mil ochocientos hombres no llegaron a pasar de León y, a pesar de no haber efectivamente servido a la causa nacional, pretendió disponer de las cuestiones internas de Nicaragua tratando de promover a la presidencia a don Juan Sacasa, aunque sin lograrlo. Belloso supo que el general Barrios, utilizando las fuerzas bajo su mando, proyectaba conquistar el gobierno en El Salvador y partió secretamente a denunciarlo.

Martínez y Jerez

Legitimistas y democráticos creían inevitable la

continuación de la guerra civil, por lo cual, muchos de sus notables se empeñaron en promover el entendimiento entre sus cuadillos principales. Martínez y Jerez, reunidos en Managua, llegaron inclusive a despedirse para recomenzar la lucha fratricida. Pero al final se impuso la cordura y convinieron en gobernar juntos al país. Aquel paso dio lugar, posteriormente, a establecer una junta de gobierno y, a despecho de todas las predicciones, a la instauración de la vida constitucional.

Walker

Aprovechando la ruptura surgida entre los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica, debido a las intenciones anexionistas del gobierno costarricense, Walker improvisó una nueva expedición con la que pensaba repetir sus tropelías, pero fue arrestado en Punta Castilla por el Comodoro Paulding, de la marina norteamericana, y conducido a los Estados Unidos.

Sin embargo, para el 6 de agosto de 1860 ya estaba de regreso en Centro América. Desembarcó en Trujillo (Honduras), apoderándose de la aduana del puerto a la sazón hipotecada al gobierno británico. El 20 del mismo mes, el buque de guerra británico *Icarus* amaneció en dicho puerto y su capitán amenazó a los filibusteros, que optaron por retirarse al interior del país. Allí sufrieron la hostilidad de aquella tierra desierta y pantanosa, y además, la hostilidad de una partida de patriotas hondureños que los perseguían. El 3 de septiembre, ya herido en la cara y en una pierna, Walker se rindió al capitán del *Icarus* quien lo entregó a las autoridades hondureñas. Walker fue juzgado, sentenciado a muerte y ejecutado. La espada del aventurero fue remitida a la municipalidad de Granada, teatro de sus mayores crímenes.

* Resumen de la obra de Jerónimo Pérez "Memorias para la historia de la campaña nacional contra el filibusterismo en 1856 y 1857". Aparece en **Obras históricas completas de Jerónimo Pérez**, de la Colección Cultural del Banco de América.

- (1) A raíz de la captura de Granada realizada por Walker, los legitimistas fueron presionados para firmar un convenio que daba origen a un nuevo gobierno, con Patricio Rivas como presidente. Dicho convenio fue firmado el 23 de octubre de 1855, por el general Ponciano Corral, en representación de los legitimistas, y por Walker, representando a los democráticos. Rivas asumió su cargo el 30 de octubre del mismo año.
- (2) El combate de El Sauce ocurrió el 18 de agosto de 1855, siendo Guardiola derrotado por las fuerzas liberales o democráticas que encabezaba el general Trinidad Muñoz (quien

murió a consecuencia de una herida recibida en aquella acción). El combate de La Virgen acaeció el 3 de septiembre del mismo año. En este combate, Walker dirigía las fuerzas que derrotaron a las de Guardiola.

- (3) Antes de ser firmado y ratificado el convenio Corral-Walker (véase la segunda nota de este resumen), cada partido contendiente mantenía su propio gobierno. Los liberales o democráticos tenían como presidente a Nasario Escoto, en tanto que el presidente legitimista era José María Estrada. Estrada reconoció el gobierno del convenio Corral-Walker, pero, según dio a conocer después realizando una protesta secreta contra el mismo, desconocía al nuevo gobierno.
- (4) Véase la nota número 2 del artículo anterior "Mi lucha en Nicaragua" resumen del libro de William Walker **La guerra de Nicaragua**.

